

Michael Poore

# LAS 10.000 VIDAS DE MILO

Traducido del inglés por Miguel Marqués

# El sabio de Cayo Azahar

---

*Cayos de Florida, 2017*

Esta es la historia de un sabio llamado Milo.

Comienza el día en que se lo comió un tiburón.

Ese día no había empezado mal. Milo se despertó antes del amanecer, enfundó sus nalgas de medio siglo de edad en unas bermudas y salió a la playa a meditar. Le siguió su perro Burt, un gran chucho de color negro.

Milo se sentó en la arena blanca como el azúcar, cerró los ojos y sintió la cálida brisa salada en la barba. Notó el grito de las gaviotas y cómo su coleta le acariciaba la espalda. Eso es lo que debes hacer cuando meditas: «notar» las cosas, sin pensar realmente en ellas.

Milo no era especialmente bueno meditando. Abrió una cerveza y observó el sol ascender. Como de costumbre, cuanto más intentaba no pensar en nada más pensaba en cosas ridículas o ruidosas, como su dedo gordo del pie o Francia. Quizá sería buena idea hacerse otro tatuaje.

Desayunó, notando el océano, acogiendo en sí su indiferencia milenaria. Trató de acompañar la respiración del mar —que era la respiración misma del tiempo— y se quedó dormido allí, como de costumbre, en la playa, con su cerveza y

su perro, hasta que la pleamar mojó la arena que enterraba sus pies.

Milo quizá fuese el peor meditador del mundo. Pero lo notaba y lo reconocía con humildad. La humildad era una de las cosas que lo hacían sabio.

Volvió a su casa y abrió una bolsa nueva de comida de perro.

El tiburón que unas horas después se comería a Milo se encontraba a kilómetros de distancia en ese instante, patrullando las olas espumosas frente a cayo St. Jeffrey, a la búsqueda de manatís.

El tiburón sabía que tenía hambre. No tenía que reflexionarlo. El tiburón vivía el momento, cada momento, con una perfecta serenidad espaciotemporal, surcando los mares como quien medita, y sin proponérselo siquiera.

Milo trabajó un rato en el huerto.

Jugó con su perro y leyó un libro sobre fósiles.

Se sentó frente al ordenador y estuvo veinte minutos viendo vídeos bobos en internet.

Por fin, cogió su vieja camioneta y fue al hospital St. Vincent, porque visitar a los enfermos es una parte importante de la labor del sabio. Se llevó a Burt.

Acariciar animales de compañía era muy beneficioso; estaba probado científicamente. Burt también era un hombre sabio, a su modo. Todos los animales lo son.

Ese día en concreto, Milo y Burt visitaron a la señora Arlene Epstein, que se estaba muriendo de tener cien años.

Cuando Milo llegó, la señora Epstein dormía. Milo se quedó observándola un instante.

Pensó que los hospitales, por desgracia, consiguen reducir a la gente a su mínima expresión. Mirando a Arlene Epstein echada en aquella cama, delicada como un pañuelo de papel, nadie imaginaría que antaño fue una legendaria camarera que sabía mantener a raya a los turistas más rudos con un palo de hockey recortado.

Burt se puso a dos patas y apoyó las zarpas delanteras en el colchón.

—Milo —dijo Arlene con un bostezo—, ¿es ya jueves?

—Es sábado —respondió él, arrodillándose.

—Siempre me han gustado los sábados —meditó ella—. Creo que intentaré morir en sábado.

—Pero no este sábado —dijo Milo—. Tienes buen aspecto.

—¡Fantástico! —replicó ella, incorporándose y tirando a Milo de la barba—. Podrías llevarme a dar un paseo.

Arlene no debía salir a pasear. En la puerta de su cuarto había un cartel que decía: «Riesgo de caídas». Milo hizo caso omiso y tomó prestado un andador de uno de los armarios del pasillo.

Arlene daba un paso cada tres segundos, más o menos. Milo caminaba con aire relajado a su lado, muy pegado a ella, listo como un resorte para atraparla en el aire si caía. Burt trotaba lento junto a la pared, oliéndolo todo como un loco. (A los perros les encantan los hospitales. Pensad en todos esos olores tan distintos que resulta imposible quitarse de encima.)

Cuando llevaban caminados treinta metros, Arlene preguntó:

—Milo, ¿tú sabes qué ocurre cuando morimos?

Decidió ser sincero con ella.

—Sí —contestó.

Un paso. Dos pasos.

—¿Y qué ocurre? —preguntó ella.

—Vuelves a la vida como otro ser vivo.

Arlene reflexionó unos instantes.

—¿Con otro cuerpo, te refieres?

—Sí, con el cuerpo de otra persona. O en forma de perro. O de hormiga. O incluso como árbol. En su vida inmediatamente anterior, Burt fue conductor de autobús.

La anciana se detuvo.

—No me tomes el pelo, joder —replicó—. Me voy a morir pronto, un sábado, y quiero saber qué pasa.

Milo la contempló con sus ojos profundos y sinceros.

—Yo he vivido casi diez mil vidas. Soy el alma más vieja del planeta.

Arlene lo miró fijamente a uno de los ojos y luego al otro. Parecía gustarle lo que veía. Dejó a un lado el andador, tomó la mano de Milo entre las suyas y se apoyó un poco en él.

Continuaron caminando.

—Pero ¿seguiré siendo yo? —preguntó.

—Claro —contestó Milo—. Más o menos. Se supone que tienes que intentar ser mejor.

—Creo que no me gustaría volver para ser un árbol.

—Pues no lo hagas.

Arlene le dio unas palmaditas en la mano y le dijo que era un buen chico.

Burt olisqueó algo que había en el suelo y que daba un poco de asco, y acto seguido le dio un largo y baboso lame-tón.

Si Milo se hubiera metido a nadar en el mar entonces y el tiburón se lo hubiese comido, habría sido un final tan generoso como fantástico para él. Pero eso no ocurrió.

El tiburón, hambriento como siempre, se había zampado medio banco de percas aderezadas con un poco de basura oceánica. Ahora surcaba las profundidades que separaban un cayo de otro y se acercaba lentamente a los arrecifes exteriores de Cayo Azahar.

El tiburón, de hecho, había sido perca en una vida anterior. Había sido alimento de todo tipo. Había sido la Reina de la Fresa en la Feria de la Fresa de Troy, Ohio, en 1985. A veces, en sueños, recordaba esas otras vidas.

En aquellos momentos, no obstante, su vida se ceñía a nadar y tener hambre, nadar y tener hambre.

Milo tenía por delante toda una jornada de trabajo. Para ser sabio también había que ser consciente de la importancia del esfuerzo.

Milo se ganaba la vida de dos maneras.

Manera Uno: era pescador y llevaba a turistas a pescar.

Tenía un barco llamado *Jenny Ann Loudermilk* y cobraba un pastizal por sus servicios. En los cayos se podía cobrar a los turistas prácticamente lo que uno quisiera.

Aquel día, a Milo le tocaba hacer limpieza a bordo. Quizá apareciese algún cliente, pero esperaba que no. Quería salir a surfear si se levantaban olas.

Estaba en la cubierta del barco, limpiando, manguera en mano, cagadas de gaviota y tripas de pescado secas. Burt se hizo un roscó en el suelo del puente de mando y se quedó ahí, mirando las moscas que se paseaban por el parabrisas.

Milo pensó en Arlene Epstein y se preguntó si tendría miedo.

Esperaba que no. La muerte era una puerta que todos atravesamos una y otra vez. Aun así, era algo que seguía aterrizando a todo el mundo. Eso estaba pensando cuando un

tipo de ropas coloridas y deslumbrantes llamó su atención en el muelle.

Era un turista que llevaba una camiseta de CAYO AZAHAR. Se trataba de un hombre corpulento de mediana edad, con bigote, gafas de sol, náuticos recién estrenados y sombrero de paja.

De repente, a Milo no le apeteció en absoluto trabajar esa tarde. De repente, solo quería ir al BoBo's, sentarse en la barra y beber cerveza.

—¿Va a salir usted hoy? —preguntó el turista.

«Ay, mierda.»

—El cliente manda —contestó Milo—. Si quiere usted salir, saldremos.

—¿Cuánto cobra?

Milo le hizo saber su tarifa y el tipo casi se cae de espaldas. (Oh, poderoso caballero...)

—Escuche —continuó Milo—, si se busca a tres o cuatro compañeros de pesca, le saldrá más económico. Podríamos salir mañana por la mañana.

Pero el turista parecía tener prisa.

—No, no. Vamos allá.

—Pues suba —lo invitó Milo, ofreciéndole una mano fuerte, morena y tatuada.

El turista se presentó como Floyd Gamertsfelder.

—Vendo moquetas —puntualizó.

—Fantástico —opinó Milo, mientras zarpaba.

Burt saltó del barco y corrió por el muelle, camino a casa. El agua no era su sitio, lo tenía muy claro.

A Floyd Gamertsfelder le importaba un carajo coger peces. Milo lo supo desde el instante en que lo vio llegar, en cuanto detectó aquella extraña urgencia en su voz de vendedor de

moquetas. Más o menos la mitad de los clientes de Milo eran así: pagaban caro por su tiempo, su combustible y sus aparatos, pero los movía algo más profundo y complejo que el pez espada o el pez limón.

Esa era la Manera Dos de ganarse la vida: era sabio y consejero profesional.

Por el boca a oreja, acudía a él mucha gente con problemas aparentemente irresolubles. Los personajes de películas de dibujos animados escalaban altas montañas para encontrar a un sabio que los iluminase; la gente de carne y hueso recorría largas distancias para consultar a Milo. Sobre barcos, sobre el mar, sobre el precio de medio día de alquiler.

Y tenía sentido que lo hicieran. Casi diez mil vidas dan para aprender mucho, a fin de cuentas. Milo había acumulado tantos conocimientos y experiencias en su alma única e irrepetible que se habían transformado en sabiduría pura, del mismo modo que la presión y el calor convierten al carbón en diamante. Su sabiduría era un superpoder.

La sabiduría se traslucía en sus ojos, verdes como la aurora boreal, y en su piel tatuada, arrugada y fruncida, como si su bronceado hubiese echado raíces.

—En realidad quería hablarle sobre un asunto —reconoció Floyd mientras el barco salía ronroneando del puerto deportivo.

—Lo sé —respondió Milo.

Sobrepasado el espigón, una imponente ola elevó el *Loudermilk*. Ese era el tipo de ola que prometía una buena sesión de surf más tarde. Esperó que Floyd no se enrollara mucho.

«Paciencia —le recordó su boa—. Compasión.»

Milo asintió con un gesto de cabeza, hizo la figura de la *mudra* con el índice y el pulgar, pisó el acelerador y puso rumbo a mar abierto.



Resultó que Floyd Gamertsfelder se enrollaba bastante.

Milo esperaba de algún modo que el tipo se sincerase y explicase cuál era el misterioso problema antes de adentrarse demasiado en el océano, pero no fue así. Floyd comentó que quería hablar, pero luego se cerró como una ostra y se dedicó a contemplar el horizonte con aire taciturno.

A Milo no le sorprendió. Normalmente llevaba tiempo. Los problemas que la gente traía solían ser complicados e íntimos. Antes de desembuchar tenían que subir y bajar unas cuantas olas. Tenían que asomarse a esos ojos de Milo que eran como del espacio exterior y escuchar el océano bramar con su voz de motero.

Milo casi siempre llevaba a sus clientes a las mismas coordenadas. A una hora de navegación, cuando la línea de costa desaparecía, había un rincón que nadie más conocía. Milo echaba el ancla en un fondo de treinta metros, directamente sobre el pecio olvidado de un submarino, un arrecife artificial que daba cobijo a casi todas las especies marinas del golfo de México.

—Aquí pescaría hasta un muerto —le decía Milo a sus clientes.

El barco flotó a la deriva durante un par de horas por encima del submarino. Cogieron bonitos y peces luna.

Floyd abrió la neverita que había traído y sacó dos cervezas.

—¿Ha estado casado, Milo? —preguntó Floyd.

Ajá, un problema matrimonial. El ochenta por ciento de los problemas sobre los que debía dar consejo eran de ese tipo.

—Sip —respondió Milo (nueve mil seiscientos cuarenta y nueve veces, para ser exactos).

—Bien —continuó Floyd—, básicamente, mi problema es que mi mujer no es muy agradable conmigo.

Milo hizo un ruido con la boca que quería transmitir empatía.

—No es que me sea infiel. No me refiero a eso. Quizá te parezca una tontería, pero jamás hace cosas agradables por mí, como traerme un vaso de limonada cuando estoy cortando el césped. ¿Estoy chapado a la antigua? ¿No se supone que son estas pequeñas cosas las que importan? Bueno, el caso es que ella nunca hace nada así. —Milo se levantó para reducir la velocidad, lo que atenuó el ruido del motor—. Te preguntarás si yo hago cosas por ella —continuó Floyd—. Pues sí, joder. La semana pasada preparé unos espaguetis y... eh, eh, eh, ¡ha picado un pez!

Una pez limón de buen tamaño había mordido el anzuelo de Floyd. Estuvieron quince minutos soltando y recogiendo carrete hasta que lograron subirlo a bordo.

Se levantó un poco de viento. Abajo, en las entrañas del viejo submarino, miles de peces observaban la sombra del *Jenny Ann Loudermilk*, que sobrevolaba el lecho marino. A una milla de distancia, el tiburón que más adelante se comería a Milo perseguía un banco de caballas y se deslizaba rumbo norte siguiendo la línea del talud continental.

—¿Su esposa es agradable con otras personas? —preguntó Milo.

—No especialmente —respondió Floyd.

—¿Cuál cree usted que es el problema, entonces?

Floyd tomó aire profundamente y dijo:

—Creo simplemente que mi mujer es una persona desagradable. Creo que yo no le caigo muy bien. Bueno, nadie le cae muy bien, en realidad.

—¿Por qué no la deja? —preguntó Milo.

Floyd rumió la pregunta durante cinco largos minutos.

—Estoy intentando abordar las cosas con madurez —respondió por fin—. Creía que quizá solo nos hacía falta algo de

tiempo. El matrimonio conlleva esfuerzo. Así que... —Calló un instante y se decidió por fin a mirar a Milo a los ojos—. Así que lo que creo que necesito es crecer, y querer que las cosas mejoren. Mis padres no criaron a hombres que se rinden fácilmente.

Milo evitó la mirada de Floyd. Escudriñó el mar, buscando algo.

—Disculpe un momento —dijo Milo, lanzando acto seguido un señuelo de esos de tubo de vinilo. Lo lanzó lejos, lejíísimos. Observó en silencio cómo caía al agua salpicando y contó atrás mentalmente, cuatro, tres, dos, uno, para, en ese instante, dar un fuerte tirón. Recogió carrete como un loco y subió a cubierta una barracuda gigante que cayó justo a los pies de Floyd. La barracuda estaba muy cabreada.

—¡Hostia puta! —gritó Floyd—, ¿está usted loco?

La barracuda daba coletazos y dentelladas con sus mandíbulas gigantes llenas de dientes afilados. Hizo trizas la manguera de la cubierta.

Floyd, aterrorizado, no dejaba de dar saltos y hacer aspavientos.

—Sea maduro —sugirió Milo.

La barracuda saltó por el aire, lanzando mordiscos en dirección a las manos de Floyd.

—Dele tiempo —añadió Milo—. La pesca conlleva esfuerzo.

La barracuda tiró una lata de cerveza vacía y se abalanzó sobre los tobillos del vendedor de moquetas.

El tipo, como la mayoría, era valiente cuando había que ser valiente. Se tragó el miedo, se inclinó, agarró al pez por el lomo y lo echó por la borda, a la vez que emitía un sonido a medio camino entre el gruñido y el lamento.

Y ahí se quedó Floyd, temblando, con el corazón bombeando adrenalina, decidiendo si le quedaban arrestos suficientes como para volver a gritarle a Milo.

—El problema que plantea esta barracuda —explicó Milo— no tiene que ver con ser o no maduro. El problema está en que es una barracuda. Si no le gusta compartir barco con ella, uno de los dos tiene que irse.

Floyd se sentó en la silla de combate. Tras un minuto respondió:

—Sí.

Lo dijo con voz tristísima, pero parecía feliz.

Milo pisó a fondo el acelerador y puso rumbo al puerto, esperando salvar las últimas horas de la tarde.

Si hubiera muerto justo en ese momento, habría sido un final muy poético y satisfactorio. Pero no murió.

Eligió emborracharse en el BoBo's.

El BoBo's era famoso en todos los cayos gracias al mismo BoBo: un babuino disecado que enseñaba los colmillos y tenía puesto un salvavidas. Eternamente acuclillado, con una manita rodeaba un muy saludable pene erecto. La camarera tenía que llevarse a BoBo a casa todas las noches porque, si no, los chavales del barrio entraban y lo robaban.

Milo llevaba más o menos un año enrollado con la camarera de entre semana, una exjugadora de fútbol de cuarenta y cinco años llamada Tanya. Después de cerrar, la ayudaba a recoger las sillas y luego iban al bungalow de ella (BoBo viajaba siempre en la parte de atrás de la camioneta), se bebían media botella de vino y hacían el amor.

Esa noche, tras la ventana entornada del bungalow, se oían las olas romper. De repente, una ola hizo un sonido distinto, una especie de explosión, como un bombo dentro de un tronco hueco.

Aquel era el sonido del surf.

—Ven a surfear conmigo —propuso Milo.

—Esta noche no —contestó Tanya—. Voy a emborracharme un poco más y a dormir.

—Te despertaré cuando vuelva —dijo él, inclinándose sobre ella para besarla.

—¡No! —protestó ella—. ¿Estás de broma? Déjame dormir. Mañana tengo que levantarme temprano.

—De acuerdo.

Qué idiota. Aquella fue la última conversación humana que Milo tuvo en aquella vida.

Nadó hasta dejar atrás los bancos de arena, se dejó los brazos remontando olas y se adentró en el océano, hasta donde las olas eran ya mar de fondo, justo antes de empezar a romper.

Aquello era lo que más le gustaba hacer. Quedarse ahí, en mitad del mar, sentado sobre su tabla, esperando. Viendo la llama de la vela titilar en la ventana del bungaló. Preguntándose en qué estaría pensando Tanya. Preguntándose qué estaría haciendo Burt en casa, a unos kilómetros de allí. ¿Dormiría? ¿Estaría cazando algo en la orilla?

En eso estaba Milo los minutos anteriores a la aparición del tiburón. Nada mal como últimos minutos de vida.

Incluso le dio tiempo a meditar un poco, a replegarse sobre sí mismo en el instante. Notó la luna, como un astrágalo, como una fábula allá arriba en el espacio. La noche y la brisa y...

El tiburón lo embistió.

Nadó en vertical como un cohete y saltó al aire con la tabla de surf entre las fauces. Milo notó lo que se debe de notar al ser atropellado por un autobús. Algo repentino y muy fuerte, que te deja tiempo para saber que lo que está ocurriendo no es nada bueno, aunque no sepas exactamente qué es.

Y luego saberlo y tener miedo.

Que te coma un tiburón no es una experiencia que varíe mucho seas sabio, vendedor de zapatos u oso hormiguero.

Milo percibía lo que estaba ocurriendo con pavorosa claridad —el espantoso rasgar y crujir— y gritó y vociferó como cualquier otra persona habría hecho.

Una lástima. Milo siempre había pensado que se entregaría a la muerte como un explorador: un fognazo dorado de paz e integridad. Pero no. Se lo estaban comiendo como si fuera jamón york.

Sus últimas palabras fueron: «¡No, joder, no!».

La voz de su cabeza empezó a acallarse. Su luz interior se atenuó.

Antes de que todo quedara completamente a oscuras, Milo pensó: «Burt es muy listo, encontrará un nuevo amigo, alguien que se dé cuenta de lo buen perro que es». Aquel era un pensamiento bueno y amoroso, un pensamiento sabio. Entonces, algo parecido a una noche interestelar, veloz como una centella, lo inundó por dentro y lo absorbió como un...

Con un coletazo, el tiburón se sumergió dejando tras de sí una estela de sangre y trozos de madera.

No se detuvo a saborear la presa ni dio las gracias. Seguía teniendo hambre, así que continuó buscando comida.

La mitad del cerebro del tiburón notaba el océano, notaba los sonidos y los latidos de los corazones submarinos.

La otra mitad notaba la calidez de esa rica carne digiriéndose en su estómago y recordaba, además, sus vidas anteriores como perca, caballa, almeja, ballena, perro, gato y Reina de las Fresas.